

puestas sobre otras firas de cuero de venado; ciertas ajorcas de oro de tres dedos de ancho, ciertos zarcillos de oro para las orejas, ciertos rosarios de cuentas de barro cubiertas de oro, y otras sartas de oro puro huecas; una rodela cubierta de pluma de diversas colores, muy graciosa; unaropa de pluma y penachos della, vistosa, y otras muchas cosas cuya postura y artificio era maravilloso, y que, donde quiera, solas las manos y hechura costara mucho. Dijo, se que de ciertos indios que habia tomado Grijalva, cuando comenzó á costear las riberas ó costa de Yucatán, dejando la de la isla de Cozumel, vido en el navio este Cacique mo y que lo pidió á Grijalva, y que daria por su rescate tanto peso de oro cuanto el indio pesase, y que no quiso Grijalva dárselo por pensar quizá de haber por él más; pero esto yo no lo creo, lo uno, porque no hervia tan poco la codicia en él ni en los de su compañía que por un indio que hallaron y tomaron con otros en una canoa pescando, que probablemente se podía creer no ser señor, ni tener más calidad y hacienda que los otros, dejase seis ó siete arrobas de oro que podía pesar; lo otro, porque no parece que Grijalva cumpliera con el comedimiento que con él tuvo el Cacique, no concediéndole lo que le rogaba, mayormente si fué verdad que le ofrecia rescate. Finalmente, como quiera que haya sido, el Cacique quedó contento y los españoles tambien lo quedaron, y en tanto grado, que de aquí comenzó el ansia de querer poblar, quedándose en aquella tierra, como vieron tan buenas señales de su riqueza, y de murmurar de Grijalva porque no lo aceptaba, como se dirá.

CAPÍTULO CXII.

Va á surgir Grijalva en la isleta de San Juan de Ulúa. Del mucho amor y alegría con que le recibieron los indios, dándole joyas de oro y otras cosas.

Saliéronse de aquel rio de Tabasco, que llamaron desde allí el rio de Grijalva, y fueron costeando lo más cerca de tierra que podían, de donde vian toda la costa llena de poblaciones y de gentes que salian á mirar los navios, que nunca otros habian visto. Yendo su camino con las barcas, to-

maron ciertos indios por fuerza, que iban en una ó en dos canoas, que no podian causar poco escándalo: ni dejaban de ofender á Dios, trayéndolos contra su voluntad; luego les preguntaron, por señas, si habia oro por aquella tierra y respondieron que habia mucho. Hizo soltar á algunos dellos, diciéndoles que trujesen oro, y que les pagarian en las bujías que les mostraron de Castilla. Ya tornaba la costa de la mar, del Poniente á la parte del Norte, y siguiendo su camino fueron á surgir con sus cuatro navios junto á una isleta, que hoy llamamos San Juan de Ulúa, donde agora es el puerto de toda la Nueva España; ellos le pusieron entonces San Juan, y despues, como se entendió que los indios llamaban á toda aquella tierra Ulúa, añadióse á San Juan, Ulúa, y así se llama el puerto y la isleta, San Juan de Ulúa; el acento tiene la á segunda. Habia en ella edificios de cal y canto, y en especial uno muy alto, que debia ser templo, donde habia un ídolo y muchas cabezas de hombres, y otros cuerpos muertos, de lo cual cognoscieron que debian de ofrecer hombres al ídolo, y por esta causa pusieron nombre á la isla, la Isla de los Sacrificios. Otro dia parecieron en la costa de la mar muchos indios con unas banderas, y hacian señas á los españoles que saliesen á tierra; envió el Capitan á un Francisco Montejo, con cierta gente, en una barca, para que supiese de qué arte estaban, si de paz ó de guerra, y qué querian ó pretendían llamáolos. Llegó á la playa, y vinieron los indios á él con mucha alegría, mostrándole señales de paz, y como que holgaban de su venida, y luego le presentaron muchas mantas de algodón, pintadas de diversas colores, muy hermosas; preguntóles por señas, mostrándoles cosas de oro, si lo habia por aquella tierra, respondieronle que sí ó que otro dia tornarian con ello. Tomaron como habian dicho, y con unas banderas blancas hacian señas y meneos; llamándolos que saliesen á tierra; salió Grijalva con alguna de su gente, y hallaron hechas unas ramadas de ramos de árboles, muy frescas, y hojas por el suelo, donde los españoles se metiesen, por el sol, y en el mismo suelo estaba la mesa, que era una manta muy hermosa, y sobre ella ciertos vasos de barro, bien hechos, á manera de escudillas hondas, llenas de aves, cortadas por menudo, con su caldo oloroso, como hecho potaje en cazuela, tenían puesto abundancia de pan de maíz, mezclado con masa de fri-

soles, que son atramuces, como ellos lo suelen hacer, y frutas diversas. Ofrecieronles unas mantas de algodón de colores, todo con grande placer y alegría, como si fueran sus propios hermanos, y entre otros regalos, que suelen hacer á los huéspedes como ya tenemos experiencia, dieron á cada español un cañuto encendido, lleno de cosas aromáticas, muy odoríferas, á la manera de unos mosqueteros hechos de papel, de los cuales traen hacia sí el humo con el resuello, y sáteles por las narices. Diéronles algunas sartas de cuentas de colores, y dos bonetes y unos peines, y otras cosillas por ello.

Otro dia vinieron cierta cuadrilla de indios, y dos entre ellos principales, un viejo y el otro mozo, que parecian señores, padre y hijo; antes que llegasen al Capitan, pusieron las manos en el suelo y besáronlas, que debia ser ceremonia significativa de paz y amistad y de buen hospedamiento, y, estáo hecho, abrazaronle, mostrándole grande alegría de vello, como si fuera su deudo que hobiera muchos dias que no lo habia visto. Hablando en su lengua muchas palabras, y el Capitan en la suya, sin entenderse, pero todo resultaba é iba á parar en mostrar mucho amor y alegría los indios con su venida, y no menor era el placer de Grijalva y de los suyos en hallar gente tan buena y benigna, por la esperanza que de ser ricos de allí se les recrecía. Mandó luego aquel señor viejo á sus indios que trujesen luego ramos y hojas verdes y frescas, para hacer ramadas, donde los españoles se metiesen, y en mandar á los indios el viejo y el mozo mostraban, como señores, autoridad ó imperio. Hizo señas el viejo al Capitan que se asentase y á los otros españoles, y lo primero dió al Capitan y á los españoles, que bastó, cada sendos cañutos de olores de los sobredichos; iban y venian muchos indios, todos sin armas, simplicísimamente, que parece que se convidaban unos á otros á que viniesen á ver á los españoles, y todos mostraban grande alegría y conversaban con ellos, como si fueran con sus muy propincuos deudos ó muy amigos vecinos; y lo que más hacia al caso y deseo de los españoles, fué que comenzaron, por mandado del señor viejo, á traer muchas y diversas joyas de coral, muy hermosas, y de maravilloso artificio, un collar de doce piezas de oro con muchos pinjantes, y ciertas sartas de cuentas redondas, de barro, doradas, que parecian todas de oro, y otras de menudas, muy bien

doradas; otras piezas de zarcillos para las orejas, dos máscaras, de obra mosaica, de piedras turquesas, con algunas puntas de oro; un moscador muy rico de plumas de diversos colores, con algunas cositas de hoja de oro y otras cosas. Dióseles por estáo ciertas sartas de cuentas verdes y otras pintadas que llamamos margaritas, y un espejo y un par de servillas para mujer. Los indios particulares andaban trocando sus pedacitos de oro y joyuelas, con los españoles, cada uno segun tenia que conmutar; aquel dia se pasó en estáo con mucho regocijo de los unos y de los otros, y abrazando el Cacique al Capitan, rogándole por señas, que otro dia tornase al mismo lugar y que ternia traído allí mucho más oro.

Luego, en amaneciendo, el dia siguiente, pareció en la playa mucha gente con ciertas banderas blancas, que debian ser señas de paz y amistad, los cuales, un tiro de piedra dentro en la tierra, y apartados de la mar, tenían ciertas ramadas de árboles y hojas grandes, de las que arriba dijimos, y desherbado todo alrededor, todo muy fresco y gracioso, para donde se metiesen los españoles á comer y recrearse. Salió el capitan Grijalva en tierra, con buen número de españoles, y así como el Cacique ó señor lo vido, váse á él y pone las manos en el suelo y besálas, y luego abrazó al Capitan con rostro muy alegre, y tómalo por el brazo y llévalo á las ramadas, y llegados y sentados sobre las hierbas y hojas, dá de los mosquetes encendidos, llenos de sahumeros, al Capitan y los españoles que á la par dél estaban, uno á cada uno. Mandó el Capitan hacer allí un altar, y que dijese misa el capellan que llevaban, y como el Cacique vido que aquello era señal de religion y ceremonias de divino culto, mandó traer ciertos brasericos con ascuas y poner dellos debajo del altar, y otros por allí alrededor ó cercanos al altar, y echar en ellos incienso y de las cosas aromáticas que solian ellos á sus ídolos incensar y sahumar, porque las gentes de aquella Nueva España fueron de las más religiosas que hebo jamás entre todas las naciones que no tuvieron conocimiento del verdadero Dios. Estuvo pasmado, y los indios que con él estaban, clavados los ojos, mirando las ceremonias de la misa, como en los indios siempre se halla tener grandísima atención notando los actos y obras que hacer nos ven. Así que, acabada la misa, mandó el señor traer de comer, y luego trujeron ciertos albaques ó cestillos de pan de

maíz, de diversas maneras hecho y cocido; trujeron frutas de la tierra y muchos platos hondos de barro, y quizá eran de las calabazas que llaman jicaras, muy pintadas por de fuera, llenas de potaje de carne bien guisada, que no supieron qué carne era, y no podía ser sino de aves, las gallinas que llamamos de papada, ó de venados. Comieron los guisados de buena gana, y dijeron que les supieron muy bien, y que les parecía que fuesen guisados con especias.

Acabada la comida, mandó traer el Cacique algunas joyas de oro en granos grandes, aunque parecía estar fundido; algunos zarcillos para las orejas y narices, ciertas sargas de cuentas gruesas y menudas, que debían ser la sustancia de madera, pero muy bien doradas; otras 15 ó 20 cuentas grandes, doradas, y al cabo una rana de oro muy sutilmente labrada; un ajorca de oro, muy rica, de cuatro dedos de ancho; otra sarga de cuentas doradas, con una cabeza de león de puro oro, y otras sargas con muchas cuentas, y alguna que tenía 70 ó más de ellas doradas, y al cabo una rana de oro al propio hecha; un rostro de piedra creó que verde, guarnecido de oro, con una corona de oro muy rica, y encima una cresta de oro y dos pinjantes de oro; un ídolo ó hombre de oro, pequeño, y con un moscador de oro, en la mano, con unas joyas de oro en las orejas, y en la cabeza unos cuernos de oro, y en la barriga una piedra que debía ser turquesa, muy linda, engastada en oro. Entre estas joyas, aquí ó en otras partes deste viaje, se dijo haber rescatado una esmeralda ó piedra preciosa que valía ó que valió 2,000 ducados. Otras muchas cosas les dió, no tan principales, pero estas fueron las de más valor y más hermosura. Valía todo el oro que dieron mas de 1,000 ducados, sin el valor de la hechura de algunas cosas dellas, que pudiera valer más que el oro que tenían. El Capitan le dió, en pago del presente rescibido, no con qué saliese de la cacería, y fueron las joyas siguientes: un sayo, una caperuza de frisa colorada, y en ella una medalla, no de oro, sino de las falsas; una camisa de presilla, con algunas gayas ó labores, de hilo y no de seda; un paño de tocar; un cinto de cuero, con su bolsa; un cuchillo, y unas tijeras, y unos alpargates; unas servillas de mujer, unos zaraguüelles, dos espejos, dos peines y algunas sargas de cuentas de vidrio de diversos colores, todo lo cual valdria en Castilla tres ó cuatro ducados.

Aquel señor Cacique y su gente, estimándose por muy ricos con lo que Grijalva les había dado, y aún quizá creyendo que habían engañado á los españoles en más de la mitad de su justo precio, volvieron otro día con más ricas joyas para los tornar á engañar. Trujeron seis granos de oro fundido, grandes, no supe cuánto pesaron; siete collares muy ricos de oro puro, y otros cuatro collares pequeños de oro, los dos con sus arracadas y pinjantes de oro, y tres sargas de cuentas doradas, y nueve cuentas de oro; y un cabo, como patron, también de oro; otra sarga de cuentas de piedras, que ellos tienen por preciosas, y una ajorca de oro: ésto lo principal. Dióseles por retorno un sayo azul y colorado de frisa de paño basto, un bonete de lo mismo, una camisa de lienzo, un cuchillo y unas tijeras, un espejo y un par de alpargates, y algunas sargas de cuentas de vidrio. Otro día tornaron á su rescate y contratacion, y dió el Cacique á Juan de Grijalva dos granos de oro que pesaron 12 ó 15 castellanos, un collar de oro de piezas hermosas de ver, ciertas sargas de cuentas doradas, y nueve cuentas, todas de oro pero huecas, muy bien artificadas, con un cabo de oro más grueso; una máscara de pedrerías, como las que arriba dijimos; pagóle Grijalva con obra de 4 á 5 reales de valor, conviene á saber, un par de alpargates, un cinto de cuero con su bolsa, un paño de cabeza, unas servillas de mujer, y dos ó tres sargas de cuentas de vidrio, que llamamos margaritas por ser de diversas colores, y cada sarga podía ser de 50 cuentas, como acá vienen comunmente y así las solíamos con los indios tratar y conmutar.

CAPITULO CXIII.

* De cómo los cristianos instaban á Grijalva que se quedasen y poblasen, á lo que se resistió él, alegando que lo traía prohibido por el que le había enviado.—Despacha á Pedro de Alvarado á Cuba con las noticias de las tierras que había descubierto.—Indignase Diego Velazquez contra Grijalva porque no se quedó á poblar, y determina hacer otra armada y enviar otro Capitan.—Llega Grijalva hasta cerca de la provincia de Pánuco.—Llega á la vuelta á un puerto al que puso puerto de Sant Anton.—Torna á Cuba despues de tocar en Champotón y Campeche.

Visto por los españoles ser todos aque-

tos rescates y conmutaciones señales de haber en aquella tierra mucha cantidad de oro; y la gente della tan pacífica, franca y liberal, y por consiguiente, haber grande aparejo para henchir las bolsas y ser ricos señores á tan poca costa, comenzaron á renovar el clamor que en la tierra de Yucatan habían comenzado diciendo á su capitan Grijalva, con gran importunidad y murmurio, que pues Dios les mostraba tierra tan rica y gente tan bien acondicionada, donde fuesen bienaventurados, tuviese por bien de que allí poblasen, y en un navío de aquellos cuatro hiciesen saber á Diego Velazquez su bienandanza, enviándole todo el oro y joyas que habían rescatado, para que les enviase más gente y rescates, y armas, y otras cosas, para su poblacion necesarias; ofreciéndose todos á que lo ternia por bueno Diego Velazquez, no embargante que por la instruccion que le había dado trujese prohibido que no poblase, sino que descubriese y rescatase. Juan de Grijalva, era de tal condicion de su natural, que no hiciera, cuanto á la obediencia y aún quanto á humildad y otras buenas propiedades, mal fraile, y por esta causa, si se juntaran todos los del mundo, no quebrantara por su voluntad de un punto ni una letra de lo que por la instruccion se le mandaba, aunque supiera que lo habían de hacer tajadas. Yo lo cognoscí é conversé harto, y entendí siempre del ser á virtud y obediencia y buenas costumbres inclinado, y muy sujeto á lo que los mayores le mandasen. Así que, por más ruegos, requerimientos, y razones importunas que le hicieron y representaron, no pudieron con él que poblase, alegando que lo traía prohibido por el que le había enviado, y que no para más de descubrir é rescatar tenía poder ni mando, y que con cumplir la Instruccion que se le dió haria pago. Vista su determinacion, todos comenzaron á blasfemar dél, y á tenello en poco, y fué maravilla no perderle la vergüenza, y salirse todos en tierra y poblar, dejándolo ó enviándolo en un navío á Diego Velazquez; y porque un navío de aquellos hacia mucha agna, y tenía necesidad de se adobar, acordó Grijalva de lo enviar á la isla de Cuba, con la gente que andaba indispueta, y que llevase las buenas nuevas de la buena tierra rica, y gente pacífica, y el oro y joyas que habían rescatado.

Con esta embajada envió á Pedro de Alvarado, que debía ser el Capitan del mismo navío que tenía necesidad de ser ado-

bado, el cual al cabo de ciertos dias llegó á la isla, y dada cuenta de la riqueza que habían hallado, y dando quejas todos los que en el navío habían ido de Grijalva, porque pidiéndoselo todos, no quiso poblar ni dejar poblar tan felice y rica tierra, moviéndose á ira contra Grijalva Diego Velazquez, porque no lo había hecho habiéndolo él mandado y dado por instruccion que por ninguna manera poblase. Pero era Diego Velazquez de aquella condicion, y terrible para los que le servian y ayudaban, y fácilmente se indignaba contra aquellos de quien le decian mal, por ser más crédulo de lo que debía. Finalmente, indignado contra Grijalva, porque no había poblado contra su mandado, determinó, ántes que Grijalva viniese, de hacer otra armada, y enviar otro Capitan, y hobo al cabo de dar en quien no le obedeció tan fielmente como Grijalva, que la hacienda y la honra, y que lo que desde allí vivió viviese amarga y triste vida, y al fin la perdiese, y el alma sabe Dios por aquella causa en qué paró. Y dejado aparte que había muchas razones por las cuales Dios le castigase, por haberse hecho rico de la sangre de aquellas gentes de la isla de Cuba, y de las matanzas que ayndó á hacer en esta Española, en especial la de la provincia de Xaraguá, como en el capítulo 9º del libro II, pareció, pero parece que quiso nuestro Señor affigille en pago de no agradecer á Grijalva la obediencia que le guardaba, cumpliendo estrechamente su mandado, en no poblar, de donde al mismo Grijalva le fuera muy mejor, y así permitió Dios que enviase á quien aún ántes que partiese se la negó, como parecerá.

Partido Pedro de Alvarado para Cuba, Grijalva, con sus tres navíos, fuese la costa abajo, descubriendo por ella muchas leguas, y llegó hasta cerca de la provincia de Pánuco, y visto que toda era una tierra, y estimaban ser tierra firme, acordaron tornarse por el camino donde había venido, y enderezar su viaje para la isla de Cuba á dar cuenta á Diego Velazquez de la prosperidad de su descubrimiento y camino. A la vuelta, en cierta parte de aquella costa de mar, como siempre venian cerca de tierra, salieron al encuentro ciertas canoas ó barquillos de los indios, llenas dellas, armados con sus arcos y flechas, y comenzaron á tirar á la gente de los navíos, pero como los españoles no se solian dormir, sueltan algunos tiros de artillería y escopetas, y á saetadas, muertos y heridos algunos

de los indios, los hicieron huir. Siguiéron los navios la costa arriba, hácia el Levante, y llegaron á cierto rio que tenia un razonable puerto, que nombraron puerto y rio de Sant Anton, 25 leguas del rio de Grijalva, donde el señor de allí armó á Grijalva todo el cuerpo de oro, como dijimos en el capítulo III. Allí vinieron ciertos indios y trujeron ciertas hachuelas de oro bajo, y por ellas se les dieron algunas sargas de cuentas y otras cosillas de rescates de Castilla, y porque tuvieron necesidad de reparar allí el uno ó los dos navios, acordaron de saltar toda la gente dellos en tierra, y estando en ésto, vinieron ciertos indios de la otra banda del rio en sus canoas, y trujeron á los cristianos 30 ó más hachuelas de oro, que pesaron 1.800 pesos de oro, pocos tomines ménos, y una taza labrada, muy hermosa, de oro, que pesó veinte y tantos pesos de oro, y algunas mantas de algodón y otras joyas, sin pedir nada por ello. Vista la liberalidad destes indios, tornaron los españoles á murmurar contra Grijalva, porque no queria en tan rica tierra poblar, pues les daba tan buena ventura en las manos, donde podian ser ricos y bien aventurados, pero no por eso Grijalva se movía, diciendo que no tenia tal comision de Diego Velazquez, por lo cual hizo apregonar, poniendo penas, que nadie de poblar tractase ni hablase.

Aquí vinieron en una canoa ciertos indios, con un señor que parecia mandalles, y presentaron ciertas gallinas, y frutas de la tierra, muy buenas, como son las que llamamos piñas, porque por de fuera tienen la forma de piñas, puesto que no hay melon fino ni otra fruta de las nuestras que le iguale, y otras que llaman zapotes, fruta digna de presentarse á los Reyes; dijeron por señas que traerian oro. Dióseles un sayo de frisa, hecho de colores, y una camisa y otras cosillas de rescates, por convidarlos á que bien lo pagasen, como mostraban hacello; vinieron despues otros y presentaron al Capitan dos hachas de oro, que pesaron 150 pesos, dos, ó tres, ó cuatro ménos, y ciento y tantas cuentas huecas de oro, muy bien hechas, y docena y media de cuentas de plata ó de estaño, y otras piezas de oro menudas; la recompensa que se les dió valia hasta 8 ó 10 reales, en enetas verdes y cuchillos y tijeras. Unos marineros que habian ido á pescar, el rio abajo ó arriba, toparon á ciertos indios, los cuales les dieron ciertas águilas de oro, y una cabeza de no sé que figura, y un cas-

cabel muy lindo, con unas alas, y una hacha, que pesaria todo hasta 70 castellanos. Aquí dijeron que habian visto ciertos indios muertos de fresco, metidos en un hoyo; entendieron que debian ser indios á los ídolos sacrificados. De aquí enderezó su camino y viaje Grijalva para la isla de Cuba; quiso venirse por Yucatan, que entonces llamaban la Isla Rica, por no saber que era parte de la tierra firme, y llegar al pueblo de Champoton, donde al principio hirieron y mataron la gente á Francisco Hernandez de Córdoba, primero que todos de aquella tierra descubridor, como en el cap. 98 se declaró, y vengar, diz que, aquellas muertes; pero llegados á la costa de la mar de Champoton, vieron tan bien apercebidos á los indios y tan denodados para los resistir, que habidas algunas refriegas, antes que desembarcasen sobre una isleta que estaba cerca del pueblo, en la mar, acordó Grijalva de no se detener á pelear, sino irse en paz su camino.

Llegados á Campeche, 10 ó 12 leguas de allí, que arriba dijimos haberle puesto nombre Francisco Hernandez, el pueblo de Lázaro, y donde tan humano y alegre rescibimiento les hicieron, y hospedaje, quisieron tomar agua, y saliendo en tierra con sus tiros de pólvora y aparejados, donde vieron alguna gente de los indios desarmada, preguntándolos donde podian coger agua, diósele que les señalaron con el dedo que hácia tal parte, y llegados allí, señalábanles más adelante, y remando más adelante, señalábanles más adelante, donde, diz que, hallaron cierta celada de hombres armados con sus arcos y flechas, las cuales contra ellos desarmaron; pero los nuestros, con los tiros de pólvora y con salir el Capitan con toda la gente de los navios desque los vieron revueltos, aunque les pesó, tomaron toda el agua que quisieron en abundancia. Esto es de maravillar, que habiendo tratado tan bien los de aquel pueblo y tierra á Francisco Hernandez y á su gente al principio, como se refirió en el cap. 98, que agora les quisiesen hacer mal, y si quizá no es lo que arriba dijimos en el cap. 110, que por yerro del piloto lo que acaeció en Champoton creyeron haber acaecido en el pueblo de Lázaro, no es verdad debió de suceder aquesta mudanza, porque como vecinos y parientes de Champoton, y quizá vasallos de un señor, viendo que Francisco Hernandez y su compañía dejaron hecho tan grande estrago y muertos tantos, se doliesen, como era cosa natural, y por

consiguiente, juzgasen á los españoles por injustos y crueles, y á los de Champoton por agraviados, acordaron de no los recibir, mas ántes, si pudiesen, á todos matarlos. Finalmente, tomaron toda el agua que quisieron, á pesar de los indios, porque como gente sin armas ni defensa siempre han de caer debajo; desde allí Grijalva y sus navios toman su camino para la isla de Cuba, y despues de muchos y gravísimos trabajos, por vientos, y mar, y corrientes contrarias, aportaron á Cuba en el puerto que llamábamos de Matanzas, que está cerca del pueblo que agora se diz de la Habana, por otro nombre Sant Cristóbal, donde halló Grijalva una carta de Diego Velazquez, en la cual decia que se diese la priesa que más pudiese para llegar á Santiago, la ciudad donde él estaba, y hiciese saber á toda la gente que con él venia, que los que quisiesen allí, en la Habana, esperar, para tornar á poblar á la dicha tierra é Isla Rica de Yucatan, y la demas tornasen, porque él aparejaba para enviar gente á poblallo; mandando que á los tales se les diese todo lo que hobiesen menester, en una hacienda como granjería, que él por allí tenia, que llamaban Estancia.

CAPÍTULO XXIV.

* De cómo Diego Velazquez riñó con Grijalva porque no habia quebrantado su instruccion en poblar la tierra.—Vase Grijalva á tierra firme y enviale Pedrarias á la provincia de Nicaragua donde le mataron los indios.—Dáse priesa Diego Velazquez en despachar su armada, y envia á pedir licencia para poblar á los padres Hierónimas.—Manda á la corte al clérigo Benito Martin, el cual pidió que le hiciesen merced de la abadía de aquella tierra que parecia adelante.—Aconsejado Velazquez por Amador de Lares, nombra capitan de la armada á Hernan Cortés.—Rectificanse varias falsedades que tocante á esto dice el clérigo Gomara.—Grijalva se dió la mayor priesa que pudo darse para llegar á la ciudad de Santiago, donde Diego Velazquez estaba entendiendo en aparejar muchos navios y gente, para enviar á poblar la tierra que Francisco Hernandez y Grijalva descubrieron, que llamaban la Isla Rica, por

Yucatan y quella costa abajo, hasta Tabasco, que es el rio que dijeron de Grijalva; llegado Grijalva á la ciudad, y pareciendo ante Diego Velazquez, dióle pocas gracias por lo que habia trabajado, y oro que con Alvarado le habia enviado y por lo que tambien él le traia, ántes riñó mucho con él, afrentándolo de palabra, porque así era su condicion, porque no habia quebrantado su instruccion y mandamiento en poblar en la tierra, pues toda la gente que llevaba se lo pedia, reprehension harto digna de otra mayor, reñir á un criado, pariente fiel y obediente, que no quiso quebrantar un punto de lo que llevaba mandado, especialmente que á él le fuera muy provechoso más que á nadie, así en riquezas y estado, como en excusar la indignacion que toda la gente que llevó contra él tuvo por no haber poblado. Todo ésto me refirió á mí el mismo Grijalva en la ciudad de Sancto Domingo el año de 1523, viniendo perdido y con harta necesidad, y partido de mí en aquella ciudad, se fué para tierra firme, donde gobernaba, ó mejor diré, desgobernaba Pedrarias, al cual envió á la provincia de Nicaragua, y estando en el valle de Ulanche, sojuzgando y guerreando á los indios de aquel valle, lo mataron los mismos indios á él y á otros ciertos españoles; donde pagó Grijalva los males que allí hacia y el servicio que debia á los indios de la isla de Cuba, y si algunos hizo en aquel descubrimiento, puesto que siempre le cognoscí para con los indios piadoso y moderado. Y como por la venida de Alvarado, y nuevas de la riqueza de la tierra y gran muestra de oro que envió Grijalva, Diego Velazquez comenzase otra armada, llegado Grijalva, é informado de todo el viaje, y descubrimiento, y gente, y tierras, y abundancia dellas, Diego Velazquez dióse mucha más priesa en despacharla y llegó, á lo que yo tuve entendido, nueve piezas de navío, con bergantines y naves; y para llevar su poblacion y armada más y mejor fundada, envió á esta isla Española á un hidalgo llamado Juan de Saucedo, para que pidiese licencia, que enviase á poblar aquella tierra y hacerlo á ésto necesario, á los padres de Sant Hierónimo, que á la sazón aquí estaban, creyendo que tenían poder de gobernadores; pero no vinieron á gobernar, sino á poner las Indias en libertad, como arriba se hizo mencion. Envió luego Diego Velazquez, con las nuevas del descubrimiento y riquezas de la tierra, con ciertas piezas ricas de oro de las que habia

traido Alvarado; á un clérigo llamado Benito Martín, á la corte, que áun estaba en Barcelona el rey D. Carlos; el cual pidió que le hiciesen merced del abadía de aquella tierra que parecía adelante, y no era ménos que toda la Nueva España, como se dirá.

Tornemos al armada ó flota que comenzó á hacer Diego Velazquez, donde gastó de los muchos millares de pesos de oro que tenía mal ganados, habidos de los sudores y angustias de los indios, gran parte; y porque había de proveer de Capitan, pensó de nombrar un hidalgo llamado Baltasar Bermudez, que según yo creo, era de su misma tierra, Cuéllar, y así le encargó que lo aceptase, lo cual hacía por honralle, porque lo quería bien, y esto yo lo sé porque lo ví muchas veces, mucho, muy bien tratalle. El Baltasar Bermudez tenía los pensamientos altos, y parecía tener de sí demasiada confianza; representándole el cargo de Capitan, por Diego Velazquez, díjose que le había pedido tales condiciones, que á Diego Velazquez desagradaran; y como era muy libre y sacudido, enojóse con él y echóle de sí, quizá como solia con desmandadas palabras. Discutiendo despues por las personas que había que pudiese nombrar por Capitan, puso sus ojos, y según se creyó inducido, como luego se dirá, en Hernando Cortés, que había sido su criado y secretario, y había tenido para lo ahorcar, como atribuíse di. jo, cap. 27, porque conocia del ser hábil é entendido, y como le había dado muchos indios y había hecho Alcalde de la misma ciudad de Santiago, y lo favorecia mucho, confiando que le obedeceria, siéndole agradecido, y guardaria toda fidelidad. Estaba por Contador del Rey de aquella isla, á la sazón, un burgalés llamado Amador de Lares, hombre astutísimo, y que había gastado, yo le oí, veintidos años en Italia, y llegó á ser Maestresala del Gran Capitan, que es argumento de no ser del entendimiento tardo, pues el Gran Capitan se servia del de Maestresala, siendo aún de cuerpo harto bajo, y sin saber leer ni escribir, pero la prudencia y astucia suya suplía las otras faltas. Solia yo decir á Diego Velazquez, por sentir lo que de Amador de Lares yo sentia: "Señor, guardaos de veintidos años de Italia!" Coméste trabajó Hernando Cortés tener grande amistad, que no era ménos astuto que él muchos quilates, y díjose, y áun creyóse, que se habían confederado ambos con tanto

grado, que partirian la hacienda y riquezas que Cortés adquiriese y robase yendo aquel viaje; y como Diego Velazquez comunicaba con Amador de Lares, como Contador y oficial del Rey, las cosas del armada, y las demas que la gobernacion de la isla tocaban, creyóse que le indució que constituyese al Cortés por Capitan de aquella demanda. Diego Velazquez, siempre, como le conocia, vivia con el Cortés recatado; pero guardéos Dios cuando los que aconsejan tienen crédito ante los aconsejados, y con esto pretenden interese propio, porque una vez que otra han de guiar la resolucion de los negocios al fin que les toca, como la saeta se dirige al blanco. Finalmente, Diego Velazquez nombró á Hernando Cortés por Capitan de su armada, y nombrado, como era orgulloso y alegre, y sabia tratar á todos, á cada uno segun le cognosca inclinados para lo cual ser Alcalde nolle desayudaba, sípuse dar maña á contentar la gente que para el viaje y poblacion se allegaba, la cual era toda voluntaria por la cudicia del mucho oro que haber esperaban; y de 2,000 castellanos que le habían sacado los indios que le había dado Diego Velazquez, de las minas, con inmensos sudores, hambres y duros trabajos, comenzó á adornarse y se gastar largo en provecho de lo necesario para el viaje, tractándose como Capitan de 500 hombres que se allegaron y que iban donde todos esperaban henchir las manos.

Cerca desta ida Cortés por Capitan deste viaje, dice el clérigo Gomara, en su Historia, muchas y grandes falsedades, como hombre que ni vido ni oyó cosa della, mas de lo que el mismo Hernando Cortés le dijo y dió por escripto siendo su capellan y criado despues de Marqués, cuando volvió la postrera vez á España; el cual dice que Diego Velazquez habló á Cortés para que armasen ambos á medias, porque tenia 2,000 castellanos de oro en compañía de Andrés de Duero, mercader, y que le rogó que fuese con la flota, y que Cortés aceptó la compañía, etc. Mirad qué hacian 2,000 castellanos á quien gastaba 20,000 y más en el despacho della! No era Diego Velazquez tan humilde ni tan gracioso, que rogase á Cortés que fuese por Capitan de su flota, habiendo muchos en la isla á quien mandallo pudiera, y que lo rescibieran por muy gran merced y mucha honra, é ya que algunos le prestaran dineros no se abatiera á hacer compañía con alguno como fuese señor de todo; y estu-

viese en su mano, como Gobernador, hacer lo uno ó lo otro. Y dice más Gomara, que desque llegó Grijalva hubo mudanza en Diego Velazquez y que no quiso gastar más en la flota que armaba Cortés, ni quisiera que la acabara de armar, por se querer Diego Velazquez quedar con ella y enviar á solas. Todo esto es salido de las mañas de Cortés, su amo, y manifiestas falsedades. Mirad quién le podia impedir á Diego Velazquez que no hiciera lo que de la flota quisiera, y de enviar ó estorbar que no fuera en ella el que le pluguiera, y en especial Cortés, que no osaba boquear ante él, y que no sabia, al ménos en lo exterior, qué placer ó servicio hacelle; y del mismo jaez de falsedad, por lo dicho, parece lo que más añade Gomara: "Que Diego Velazquez envió al Amador de Lares á que indujese á Cortés que se dejase de la ida, y que le pagaria lo gastado, pero que Cortés, entendiendo los pensamientos de Diego Velazquez, respondió que no la dejaria, ni apartaria compañía, siquiera por la vergüenza." Todo esto es absurdísimo, y que ni sustancia ni color de verdad contiene ante los ojos y consideracion de los que conocimos á Diego Velazquez y á Cortés; parecerá tambien claro por el suceso que hobo el negocio y lo que adelante se dijere. Dice otra insolencia y superba falsedad, que no le pudo Diego Velazquez impedir la ida, y que si se pusiera en ello con rigor, hubiera revuelta en la ciudad, y áun muertes y que como no era parte, disimuló; propia arrogancia de Hernando Cortés, y astucia con que tiene hasta hoy engañado el mundo, y los historiadores que escribieron sus hechos en lengua española, porque del y dellos era sólo un fin, y éste no otro sino hacerse ricos de la sangre de aquellas miseras, y humildes, y pacificas gentes, como hombres insensibles de los males que loan y favorecen; todo lo que escribieron no va enderezado sino á excusar las tiranias y abominaciones de Cortés, como de los demas, y en abatimiento y condenacion de los tristes y desamparados indios. Mirad si siendo Gobernador y teniendo la justicia toda en sí de la isla, Diego Velazquez, y que era adorado y obedecido de todos, por el bien ó el mal que podia hacerles, dándoles ó quitándoles los repartimientos de indios, con que los hacía pobres ó ricos, y estando favorecido del Rey é de los que gobernaban por aquel tiempo á Castilla, pudiera impedir á Cor-

tés, que era un pobrecillo escudero, criado suyo, y que no comiera si Diego Velazquez no se lo diera dándole indios, y que estaba en su mano quitárselos y áun la vida, si quisiera, buscándole achaques, aunque fuera haciéndole injusticia, que no fuera en su flota ó armada que como Gobernador del Rey á su costa hacia, sin que hubiera alboroto en la ciudad ni muertes, y si el contrario desto que dice Gomara, su historiador, es verosímil...

CAPITULO CXV.

* Determina Velazquez quitar á Cortés el cargo de capitan de la armada.—De lo que hizo Cortés para embarcarse luego que supo la determinacion de Velazquez.—Vase al puerto de Macaca en donde se provee de bastimentos.—Refútase una apreciacion de Gomara.

Ahora veamos cómo se despachó de la isla de Cuba Hernando Cortés y con cuán justo principio, para que lo dicho mejor se averigüe. Persuadido, pues, Diego Velazquez, por Amador de Lares, ó por sí mismo, que nombrase á Cortés por Capitan general, y nombrado, como es dicho, entendia se por Diego Velazquez con mucha priesa en el despacho de Cortés, y el Cortés tampoco se dormia. Iba cada dia Diego Velazquez al puerto á caballo, aunque estaba junto, y Cortés y toda la ciudad con él, á ver los navios y dar priesa en todo lo que se debia hacer; fué entre las otras una vez, y un truhan que Diego Velazquez tenia, llamado Francisquillo, iba delante diciendo gracias, porque las solia decir, y entre otras, volvió la cara á Diego Velazquez, y díjole: "¡Ah, Diego!" responde Diego Velazquez: "¿Qué quieres, loco?" Añide: "Mirá lo que haceis, no hayamos de ir á montar á Cortés." Diego Velazquez da luego gritos de risa, y dice á Cortés, que iba á su mano derecha por ser Alcalde de la ciudad y ya Capitan elegido: "Compadre (que así lo llamaba) mirad qué dice aquel bellaco de Francisquillo." Respondió Cortés, aunque lo había oido, sino que disimuló ir hablando con otro que iba cabe él: "¿Qué, señor?" dice Diego Velazquez: "Que si os hemos de ir á montar;" respondió Cortés: "Dejelo vuestra merced que es un bellaco

CAPITULO ALFONSINA

loco; yo te digo, loco, que si te tomo, que te haga y acontezca," dijo Cortés á Franciscoquillo. Todo ésto pasó, todos burlándose y riéndose.

Andando en este despacho Diego Velazquez aprieta, ó porque le escarbó el alma la locura, ó por mejor decir la sentencia discreta y profecía del loco Franciscoquillo, ó porque sus amigos y deudos que allí habia, le hablaron de veras, porque hasta entónces no habian mirado así en ello, y dijeron que cómo no advertia el hierro grande que hacia en fiar de Cortés, á quien él mejor que otro conocia, empresa de tan gran importancia y en que tanto á su honra y hacienda iba, y que era cosa probable y aun cierta que Cortés se le habia de alzar y quebrar la fé y obediencia que le debia, segun sus astucias y mañas, y que se acordase de lo que en Baracoa le urdia y otras cosas cuántas pudieron hallar para persuadille; Diego Velazquez, tornando sobre sí é viendo que le decian y aconsejaban lo que, probablemente y segun reglas de prudencia, de Cortés se podia presumir, determinó de quitarle el cargo y no poner su honra y hacienda en aquel peligro. Y porque, como queda dicho, Diego Velazquez comunicaba las cosas de la gobernacion y de aquellas armadas con los oficiales del Rey, mayormente con el contador Amador de Lares, no se le guardó la fidelidad que se le debia, y á lo que se creyó, el Amador de Lares lo debió á Cortés de descubrir, é, si fué verdad la compañía y confederacion que de entrambos se dijo, por su propio interese avisarlo no es cosa de gran maravilla. Finalmente, por una ó por otra, ó por alguna vía, Cortés lo alcanzó á saber, y no habia menester más para entendedlo de mirar el gesto á Diego Velazquez, segun su astuta viveza y mundana sabiduría; el cual, luego, la primera noche que lo alcanzó á entender, despues de acostado Diego Velazquez y todos del palacio idos, que le hacían en todo el silencio de la noche más profundo, va Cortés á despertar con suma diligencia á los más sus amigos, diciéndoles que luego convenia embarcarse. Y tomada dellos la compañía que le pareció para defensa de su persona, va de allí, luego, á la carnicería, y, aunque pesó al que por obligacion habia de dar carne á toda la ciudad, tómalala toda sin dejar cosa de vacas y puercos y carneros, y hácelo llevar á los navíos, reclamando, aunque no á voces, porque si las diera quizá le costara la vida, que le llevarian la pena por no dar

carne al pueblo, quitóse luego Cortés una cadenilla de oro que traia al cuello, y dió-sela al obligado ó carnicero; y ésto el mismo Cortés á mí me lo dijo. Váse luego Cortés á embarcar con toda la gente que pudo despertar, sin estruendo, á los navíos; ya estaba embarcada mucha de la que con él habia de ir y que fué.

El ido, ó por los carniceros ó por otras personas que sintieron su ida, fué avisado Diego Velazquez como Cortés era ido, y estaba ya embarcado en los navíos; levántase Diego Velazquez y cabalga, y toda la ciudad espantada, con él, van á la playa de la mar en amaneciendo el dia; desque Cortés los vido hace aparejar un batel con artillería y escopetas ó arcabuces, ballestas y las armas que le convenian, y la gente de quien más confiaba, y con su vara de Alcalde, llégase á tiro de ballesta de tierra, y parando allí, dícele Diego Velazquez: "¿Cómo, compadre, así os vais? ¿es buena manera ésta de despediros de mí?" respondió Cortés: "Señor, perdone vuestra merced, porque estas cosas y las semejantes, ántes han de ser hechas que pensadas, vea vuestra merced qué me manda;" no tuvo Diego Velazquez qué responder, viendo su infidelidad y desvergüenza. Manda tornar la barca y vuélvese á los navíos, y, á mucha priesa, manda alzar las velas á 18 de Noviembre, año de 1518, con muy pocos bastimentos porque aun no estaban los navíos cargados; fuése de allí á un puerto llamado Macáca, la media sílaba luenga, 15 leguas, donde el Rey tenia cierta hacienda, y está ocho dias en los cuales mandó hacer todo el pan cazabí que pudieron hacer todos los indios é indias del pueblo grande que de indios allí habia, que seria más de 300 cargas de pan, cada una de las cuales tiene de peso dos arrobas, con las cuales tiene una persona suficientemente que comer un mes; tomó los puercos y aves que pudo y todo el más bastimento que habia deste jaez, diciendo que aquello lo tomaba prestado ó comprado para lo pagar al Rey, y si el estanciero ó mayordomo no se lo quisiera dar, bien se puede adivinar cómo le fuera.

Dice aquí Gomara, criado y capellan é historiador de Cortés, que de las causas que movian á Diego Velazquez, una fué pensar que Cortés se le alzaria como él se alzó al almirante D. Diego, é oír y creer á Bermudez y á sus deudos, los Velazquez, que le decian que no se fiase dél, que era estremo, mañose y altivo, amador de horas,

CAPÍTULO CXVI.

* Prosigue Cortés su navegacion.—Del modo con que se proveyó de bastimentos y demas cosas que habia menester.—Escribele Velazquez rogándole que le esperase.—Del terrible temporal que sufrió la armada de Cortés.—Llega á la isla de Cozumel.—Del buen recibimiento que hicieron los indios á Cortés, quien por su parte los aseguró y dió cosas de Castilla.

Hecho el robo que Cortés hizo de la hacienda del Rey, en la estancia ó granja de Macáca, y metido el cazabí é puercos y maíz en los navíos, hízose á la vela para ir por la costa de Cuba abajo, y por apañar lo que en los pueblos y puertos que habia por allí pudiese haber de bastimento, que era lo que más él habia menester y su compañía, como por se hurtar ántes de tiempo no se hubiesen podido los mantenimientos meter en las naos. En saliendo que salió, vi-do venir un navío, que venia de la isla de Jamáica, cargado de puercos, y tocino, y cazabí, para vendello en la isla de Cuba en las minas, porque como allí eran recientes las minas, y ricas, y el ansia de coger oro hervia en las ánimas de aquellos que por la isla moraban, toda la más de la gente de indios que habia en ella ocupaban en sacar oro, donde los mataban, y así no los dejaban labrar ni hacer comida, y, por consiguiente, tenían necesidad de pan y de bastimentos; y sabido esto en Jamáica, llevabanlo de allí, donde habia mucha abundancia. Visto el navío, vá luego Cortés, á él y tómalo á su dueño, dello por ruegos y promesas, dello por amenazas y por mal; llevólo, en fin, consigo, aunque pesó al dueño que lo llevaba. Llegó Cortés con su usurpada flota á la villa de españoles que llamaban de la Trinidad, que estaba en aquella costa del Sur 200 leguas y mas de la ciudad y puerto de Santiago; allí tuvo noticia que pasaba cerca de allí otro navío cargado de pan cazabí, de tocinos, y maíz é otros bastimentos, para las minas de la provincia de Xagua, que eran muy ricas y de fino oro; envió luego una carabela, y con ella á D. Diego de Ordaz, que la tomase y la llevase á la punta de la isla ó cabo de Sant Anton, y allí lo esperasen. Así lo hizo Ordaz, y aunque mal pesó al mercader cuya era, la llevó al cabo de la isla, como Cortés habia mandado. Todo ésto me dijo el mismo Cortés, con otras cosas cerca dello, despues de Marqués, en la villa de Monzon, estando allí celebrando Cortés el Empera-